

Francisco Fernández Ordoñez: "ORGANIZAR LA LIBERTAD Y LA DEMOCRACIA"

ALBERTO YEBENES.—Desde que usted ocupó un alto cargo en el Ministerio de Hacienda se exhiben cada año en el patio del edificio las listas de contribuyentes españoles y las declaraciones correspondientes a sus ingresos y gastos anuales. Dar publicidad a esos datos está prohibido. No obstante, cualquier ciudadano podría verificar ciertas cifras que hacen sonrojar a cualquiera. Esto dicho, ¿qué le parecen el actual sistema fiscal español y su anunciada reforma?

FRANCISCO FERNÁNDEZ ORDOÑEZ.—Haciendo una gran simplificación, puede decirse que el sistema fiscal español es insuficiente y regresivo: insuficiente, porque no tiene la capacidad de generación del ahorro público necesario para financiar un programa serio de expansión de nuestra economía apoyado en la palanca de un vigoroso sector público; regresivo, en el sentido de que la carga fiscal está injustamente repartida... Es grave que, como se ha demostrado recientemente, la tendencia sea hacia un aumento de la regresividad...

A. Y.—¿Y la reforma?...

F. F. O.—No tiene sentido hablar de reforma fiscal sin más, como una fórmula mágica, aséptica, que aparece de pronto un día cualquiera. El sistema tributario es una realidad instrumental, que funciona al servicio de objetivos generales que —esencialmente— suponen oposiciones políticas... Creo que el sistema tributario es uno de los grandes temas políticos que el país tiene que afrontar, y, por tanto, su planteamiento está en función de la existencia de un orden democrático que permite el gran debate público, necesario para clarificar la voluntad de los españoles. Lo que cuenta no es la «reforma», sino el quién la hace, el porqué, el para qué y el cómo de la reforma.

A. Y.—Usted acaba de decir que el sistema tributario supone, esen-

ESTA es la primera entrevista que concede Francisco Fernández Ordoñez desde que dimitió de la presidencia del INI, el 1 de septiembre de 1974. Dedicado siempre a tareas económicas, alto cuadro de una capacidad técnica reconocida, ha evidenciado públicamente ahora al político y humanista, que sólo conocían los más próximos a él. El caso de Fernández Ordoñez ilustra, por otra parte, las relaciones que a veces existen entre el técnico y la Administración, no tan identificadas como a primera vista pudiera suponerse.

Fernández Ordoñez nació en Madrid en 1930. Se licenció en Derecho con premio extraordinario e ingresó en la carrera fiscal con el número uno de su promoción en 1954. En 1959 ingresa en el Cuerpo de Inspectores Técnicos Fiscales. En 1968 fue nombrado subdirector del Instituto de Estudios Fiscales. Durante cuatro años (1969-1973) presidió la Delegación española que ha discutido ante la OCDE el examen anual de la economía española. Ha representado a España en el GATT, Fondo Monetario Internacional, CEE. En 1969 fue nombrado secretario general técnico del Ministerio de Hacienda. En 1973, subsecretario de Economía Financiera del Ministerio de Hacienda, y en 1974, presidente del Instituto Nacional de Industria. Ha sido consejero de Economía Nacional. Era, realmente, eso que se entiende por un ministrable.

cialmente, opciones políticas. ¿Es el fraude, aquí y ahora, el resultado de una opción política?

F. F. O.—Por lo que se refiere al fraude, como he dicho y escrito más de una vez, no es tanto una deficiencia del sistema tributario como el síntoma de una enfermedad en el sistema sociopolítico.

en el futuro de España. En cuanto a cómo lo concibo, y si se me permite una cita propia, reiteraré unas palabras de mi declaración de objetivos y programas del Instituto, presentada a los medios informativos en mil novecientos setenta y tres: «La función de la empresa pública en la España de hoy no puede ser definida con criterios pura-

Alberto Yébenes

A. Y.—Usted, que fue presidente del Instituto Nacional de Industria, sabe que está financiado en gran parte con recursos de la Seguridad Social y con el ahorro popular, lo cual hace todavía más descarado su papel subsidiario respecto a los monopolios privados y su línea de precios «políticos» en beneficio del gran capital. ¿Cómo concibe usted una estructuración, un funcionamiento, de esta importantísima entidad estatal con vistas al logro de una auténtica función económica y social en beneficio del pueblo español?

F. F. O.—Yo partiría de la base de que el Instituto Nacional de Industria será una pieza insustituible

mente tecnocráticos o con la simple referencia al principio de subsidiariedad. Lo que está en juego es un concepto de la sociedad española, donde la empresa pública puede ser una experiencia importantísima entre la pura economía de mercado o el colectivismo económico. Inserto en un marco de opciones esencialmente políticas, el Instituto Nacional de Industria, «holding» industrial público, es el gran instrumento del Gobierno para ayudar a la configuración de una sociedad más equilibrada y más justa...»

A. Y.—¿Pero piensa usted que el Instituto Nacional de Industria está cumpliendo ese objetivo?

F. F. O.—Sólo puedo señalar mi confianza en que el Instituto Nacional de Industria, inserto en un sistema democrático, no sería tan sólo un instrumento del capitalismo de Estado, sino una palanca de socialización y de penetración del interés público en la economía española.

A. Y.—Imaginemos un contexto democrático...

F. F. O.—Creo que el Instituto Nacional de Industria, aparte de su filosofía fundamental que planteé detalladamente en su día a la opinión pública, tiene en el futuro tres senderos claros por donde progresar: El control democrático en su gestión y en sus resultados, condicionado, lógicamente, por el contexto. La mejora de su eficacia empresarial y la política social en el sistema de las empresas... No quiero referirme a mi evidente atención pública por estos tres puntos, por razones obvias. Por el contrario, prefiero asumir la parte alicuota que me corresponda en las insuficiencias, las contradicciones y los defectos de un instrumento que, a pesar de ellas, sigo considerando muy válido.

A. Y.—Cuando usted se refiere a contexto democrático, ¿está usted salvando al sistema capitalista?

F. F. O.—Creo que tiene razón Marglin cuando plantea la crisis del capitalismo desde una doble ruptura: El conflicto trabajador-patrono, que ha erosionado los beneficios y precipitado la inflación, generando un creciente intervencionismo en materia de salarios y precios. Y el conflicto entre la propiedad privada de los medios de producción y la necesidad de planificación para el conjunto de la economía... En ese esquema que acabo de enunciar, soy partidario —para España— de lo que Gorz llama un proceso de reformas sin reformismos; es decir, de una transformación en profundidad del sistema... Tarea dificultada por la



«Creo en el control democrático de las fuerzas económicas, en la sumisión de los elementos decisivos de la economía nacional a la voluntad colectiva, en el reconocimiento de la propiedad social y en la autogestión... No me preocupan las etiquetas».

existencia de un sector social que no ha comprendido nada, que vive instalado en el confort de los tópicos irracionales, que no quiere admitir que estas reformas pasan necesariamente por senderos de libertad política, de fortalecimiento del sector público, de planificación democrática y descentralizada... He dicho alguna vez que puede ser que el capitalismo —incluida la versión española— supere la crisis, pero va a ser un capitalismo diferente...

A. Y.—¿Cuáles son los caracteres distintivos de ese capitalismo que usted postula?

F. F. O.—Yo no he hablado de postular. Lo que pasa es que pienso que, en el estado actual de la economía y la sociedad española, no es conveniente la opción política que supone el rechazo absoluto de la empresa privada y de la economía de mercado; pero creo en el control democrático de las fuerzas económicas, en la sumisión de los elementos decisivos de la economía nacional a la voluntad colectiva, en el reconocimiento de la propiedad social y en la autogestión... No me preocupan las etiquetas; me preocupan las opciones que reclama la situación política y económica del país en un momento dado... Y que

sean compatibles con mis convicciones personales.

A. Y.—¿Qué opciones reclama la situación del país?

F. F. O.—Políticas, primordialmente. Un ilustre pensador español —Ortega y Gasset— escribió que la política no se compone sólo de los problemas que ya están planteados. Es, ante todo, un sistema de problemas que los propios políticos tienen la obligación de plantearse: Sin un marco de referencia, sin un proyecto de sociedad, no hay verdadero gobierno, sino —en el mejor de los casos— una Administración... En estos momen-

tos, el país necesita más que nunca encontrarse con verdaderos programas, con verdaderas líneas de acción política en que el futuro no sea una simple extrapolación del presente, sino una verdadera creación.

A. Y.—¿Qué responsabilidad histórica incumbe a la burguesía española en esa creación de futuro que usted alude?

F. F. O.—La burguesía tiene el grave deber de propiciar el paso histórico de la democratización del país, impulsar el cambio y hacerlo viable. Las razones no son sólo de orden ético, sino derivadas sobre todo de sus propios intereses de clase, puesto que necesita disponer de los instrumentos políticos que establezcan las coordenadas en las que se mueve una economía moderna. Es la propia burguesía la que, en otro caso, va a tener que enfrentarse con los crecientes costos económicos y sociales de un esquema político inadecuado.

Una alternativa democrática a través de un proceso constituyente

A. Y.—¿No podría concretar cómo ve usted la salida a la situación presente?

F. F. O.—En mi opinión, debe cumplir tres requisitos: Ser estable, ser pacífica y debe conducir a una presencia efectiva de España en la comunidad de países a la que geográfica, histórica y culturalmente pertenece... Dando por supuestos estos criterios, pienso que el problema no es de palabra: De un lado, se habla de evolución, cambio o ruptura; de otro, de adaptaciones, reforma constitucional y proceso constituyente... De nada sirve que yo manifieste una vez más que soy partidario de una alternativa democrática a través de un proceso constituyente. Lo que interesa es el sentido de estas palabras: el convencimiento de que no hay más camino, para cumplir los tres requisitos anteriores, que el establecimiento en España cuanto antes —el riesgo es el aplazamiento— de un verdadero sistema democrático que restablezca las libertades públicas, devuelva la soberanía política al pueblo español y ordene unas elecciones generales para disponer de unos poderes asentados en el sufragio popular... No se trata de partir de cero, insisto; lo que sucede es que los poderes especialísimos del general ▶

«ORGANIZAR LA LIBERTAD Y LA DEMOCRACIA»

Franco no pueden transmitirse, y sólo podrá gobernar este país quien esté apoyado en el consentimiento expreso del pueblo, a través del único procedimiento conocido, que es la consulta electoral. Quiero añadir que, cuando hablo de democracia, me refiero a la real, no a una democracia de cosmética.

«A mi juicio, el futuro jefe del Estado, es decir, el actual Príncipe don Juan Carlos, debería disponer en su día de un Gobierno-puente, con el mandato expreso de efectuar las primeras transformaciones o reformas esenciales que permitan con garantías el juego democrático. El Gobierno tendrá sobre sus espaldas el difícil papel de la renovación política, y deberá propiciar el inicio de un proceso que conducirá a su término a un cambio político fundamental. En resumen: los españoles tenemos ante nosotros un difícil ejercicio de lucidez. Es preciso un esfuerzo de todos para desdramatizar nuestra vida política, para descargarla de tensión, para buscar por todos los caminos la conciliación, concluir con esa espantosa pesadilla de la violencia que llena de angustia la vida diaria del país. Tengo temor por la polémica de las palabras

cuando uno piensa con Goethe que algunos tienden a colocar palabras allí donde faltan las ideas.

La negación de una realidad nunca ha significado que esa realidad desaparezca

A. Y.—¿Y qué fuerzas políticas van a protagonizar el cambio? Porque, hasta aquí, las únicas que disponen de bula para moverse dentro de la legalidad son las correspondientes a los sectores más conservadores...

F. F. O.—No deja de ser paradójico, en efecto, que haya quienes hablen tanto de la necesidad de organizar la «moderación» y la derecha, cuando, que yo sepa, el país no lo ha gobernado la izquierda durante todos estos años... Lo que hay que organizar es la libertad y la democracia. Mientras tanto no podremos saber en qué proyecto político depositan los españoles su esperanza.

A. Y.—Hace unos minutos, usted exponía cómo son los propios intereses de clase de la burguesía los

que presionan en favor de una democratización de España, operándose así una convergencia objetiva con los intereses y afanes de la clase obrera y demás capas populares, con todo lo que ello significa cuantitativa y cualitativamente... Ahora bien; la transposición política de esa convergencia democrática se ve estorbada por el ya clásico intento de marginar y aislar a algunos grupos políticos ahora en la clandestinidad.

F. F. O.—Puedo decirle que, personalmente, no creo en las ventajas de los «ghettos» políticos ni, desde luego, en su eficacia, desde el punto de vista de la paz social: La negación de una realidad nunca ha significado que esa realidad desaparezca... Desde otra perspectiva, lo que puedo decir es que yo no me siento convocado a nada que no sea una convocatoria para todos; lo que el país necesita no son excomuniones, sino una amplia integración de todas las fuerzas políticas en el marco constitucional. Incluso, desde el punto de vista del equilibrio de las fuerzas políticas, la clandestinidad del Partido Comunista Español supondría dos efectos: Una mayor dificultad

para la vigencia real del Partido Socialista y una radicalización creciente de las posiciones de izquierda. Soy consciente de las razones que dificultan de hecho el problema, pero, una vez más, las soluciones más fáciles no son las soluciones mejores.

A. Y.—¿Es usted partidario de una amnistía para los presos y exiliados por motivos políticos y sindicales?

F. F. O.—He unido mi voz a la de miles de españoles para pedir la amnistía por los delitos políticos y sindicales, como primer paso para la modificación de nuestra legislación penal y como primer gesto de generosidad política que legitime la exigencia de una colaboración sincera de todos en una hora difícil... Hay pocos temas políticos que se resistan al diálogo y al entendimiento. La política es, antes que nada, un sistema de pactos.

A. Y.—¿Por qué dimitió? Enténdame: no le pido detalles anecdóticos, sino la motivación profunda de esa decisión.

F. F. O.—Mi dimisión, reflexiva y dolorosa, fue exclusivamente política, como hice público en mi discurso de despedida... Cuando algunos años antes, a mi regreso de Estados Unidos, se requirió mi colaboración como secretario general técnico del Ministerio de Hacienda, hice conocer claramente mis antecedentes e ideas. Estas ideas no las he ocultado jamás, como puede apreciar cualquiera que examine mi trayectoria pública y privada... En mi época del Instituto Nacional de Industria fui encontrando dificultades y divergencias crecientes que culminaron con una decisión inevitable. Creo que uno no puede, éticamente ni lealmente, colaborar a ciertos niveles cuando existe una incompatibilidad —yo diría crítica— entre sus convicciones políticas y las decisiones del Gobierno. Por supuesto, mi dimisión no ha alterado las relaciones de afecto personal o amistad que me unen con muchos altos cargos de la Administración y miembros del Gobierno.

A. Y.—¿Quién es usted?

F. F. O.—Alguien que tiene una profunda confianza en el futuro de España. Soy sólo un español más, preocupado por un futuro en paz, que ha trabajado con todas sus fuerzas por un país próspero y libre, que carece de ambición política personal pero que se cree en el deber de testimoniar hoy, con su conducta, su palabra y su esperanza... Creo, como Antonio Machado, que: «España quiere surgir, brotar; toda una España empuja». ■ A. Y.



«Los españoles tenemos ante nosotros un difícil ejercicio de lucidez. Es preciso un esfuerzo de todos para desdramatizar nuestra vida política».